

Darío Villanueva

**Cuarenta años de biografía intelectual
en el hispanismo**

Darío Villanueva es Catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad de Santiago de Compostela y Secretario de la Real Academia Española. Doctor en Filosofía y Letras (Filología Hispánica) por la Universidad Autónoma de Madrid. Entre sus obras se cuentan *El polen de ideas. Teoría, crítica, historia y literatura comparada* (PPU, 1991), *Trayectoria de la novela hispanoamericana actual* (Espasa-Calpe, 1991), escrito con J. M. Viña Liste; *Teorías del realismo literario* (Espasa-Calpe, 1992) y *La poética de la lectura en Quevedo* (Siruela, 2007). Correo electrónico: dario.villanueva@usc.es

Este texto fue presentado como conferencia magistral para inaugurar la VI Transatlantic Conference, Brown University, 11 de abril de 2012.

LA GUERRA ANGLO-ARGENTINA de las Malvinas la seguí por entero, hace ahora justamente treinta años, mientras viajaba por los Estados Unidos. Vine invitado por un consorcio de universidades del Mid-West, pero comencé mi ronda por Nueva Inglaterra, en Massachusetts. En el aeropuerto de Hartford, en Connecticut, sufrí los ramalazos de la huelga de los controladores aéreos que le había estallado meses atrás al presidente Reagan. Mis enlaces vía Chicago se descompusieron del todo y, yendo a Nebraska, acabé sin equipaje en Colorado.

No fue esta la única prueba del rito de iniciación que aquella gira me proporcionaría. En Michigan se me había pedido que actuara como “respondent” tras la conferencia principal de uno de sus profesores en un simposio sobre el exilio. Se me dijo que recibiría con tiempo su ponencia para que pudiera preparar mis comentarios y que, en todo caso, alguien estaría en el aeropuerto de Detroit para acompañarme. Después de una hora de espera, opté por arreglármelas por libre y tomé el *shuttle* a Ann Arbor. A su conductora no dejó de extrañarle que yo no supiera a qué hotel debería de ir. Solícita, se prestó a recorrerlos todos y, al fin, en uno había habitación a mi nombre. Apenas me aposenté recibí una llamada del perito en exilios que me dijo: “Te sorprenderás de que no te haya mandado la conferencia todavía y que nadie te estuviese esperando. Pero como sé que eres un hombre de recursos, me pareció que te defenderías perfectamente por tu cuenta”.

Era yo entonces no sé si un hombre con recursos, pero sí joven. Hacía diez años que había concluido mi licenciatura en la Universidad de Santiago de Compostela, y seis que me había doctorado en la Autónoma de Madrid. En cierto modo, aquella era mi prueba de fuego en la palestra del hispanismo. Como antecedentes, contaba con una visita a la Universidad de Pisa organizada por Guido Mancini, y una gira de conferencias por las universidades holandesas. Había tenido, además, la suerte de conocer en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander, a lo largo de dos cursos de verano consecutivos que dirigía mi maestro, Enrique Moreno Báez, a grandes figuras del hispanismo como Alexander Parker, Noël Salomon, Peter Russell, Edmond Cros, Hans Flasche, Maurice Molho y, entre los españoles, a Francisco Rico.

Diez años más tarde, en esa misma universidad de verano, cuyo primer rector fue Menéndez Pidal, viví otra experiencia imborrable cuando Ricardo Gullón contó conmigo como secretario en varios cursos sobre narrativa, con la presencia de destacados escritores como Juan Benet, Luis Goytisolo o Guillermo Cabrera Infante. Nos acompañaron también inolvidables maestros de la filología española como Fernando Lázaro Carreter, Manuel Alvar o Emilio Alarcos Llorach.

Llegado a este punto, tengo muy presente el favor impagable que me hi-

cieron todos ellos. Por suerte para mí, la nómina de mis mentores es nutrida, pues incluye no solo a aquellos de cuya atención personalizada gocé en las aulas sino también a todos los que con los *músicos callados contrapuntos* de sus libros llegaron a hacerme sentir su proximidad sabia. De ellos, y de otra inolvidable maestra, Carmen Bobes Naves, aprendí que poesía, novela, teatro y ensayo, al tiempo que nos revelan el sentido genuino de lo que somos y de lo que nos rodea, actúan como instrumentos insuperables para la educación de nuestra sensibilidad y para la más correcta formación de nuestro intelecto. En las páginas de la verdadera literatura está, además, la llave insustituible para lograr la competencia cabal en el uso de esa facultad prodigiosa que es el lenguaje, y para producirnos convenientemente como ciudadanos en el seno de la sociedad. Todos ellos –mis maestros presentes o *in absentia*– ahormaron una vocación en la que persevero.

Valga tan solo un ejemplo de ese doble magisterio. Mi maestro ya mencionado, un sevillano sucesor de Dámaso Alonso en el lectorado de Oxford y luego profesor en Cambridge y en el King's College antes de llegar a Compostela, publicó en 1968 unas *Reflexiones sobre El Quijote* que llegué a saber de memoria, y en 1970 nos llegó de Francisco Ayala, a la sazón profesor en los Estados Unidos, un opúsculo titulado *Reflexiones sobre la estructura narrativa* (Taurus, Madrid) que fue determinante para orientar mis futuros trabajos postgraduados. Pasaría tiempo hasta que tuviese el privilegio de conocerlo personalmente, pero aquellas reflexiones tuyas ejercieron tanta influencia sobre mí como las reflexiones sobre *El Quijote* del profesor que veía todos los días y con el que llegaría a doctorarme. De hecho, a la hora de elegir el tema de mi tesis de licenciatura me incliné hacia *El Jarama* de Rafael Sánchez Ferlosio. Las propuestas teóricas de Ayala me abrieron los ojos ante las complejidades de su relevante estructura en la línea de lo que se estaba configurando entonces como una nueva disciplina de la semiología literaria, la *narratología*. Sus planteamientos a este respecto tenían su fundamento en la consideración de todo relato como un acto de comunicación para el que son imprescindibles tanto quien narra como el destinatario de lo narrado. En torno al primero se concreta la problemática fundamental de todo acto narrativo, la de la visión y la de la voz. Pero, como Ayala reitera una y otra vez, “la obra de arte literaria absorbe a su autor, lo asimila y lo incorpora como elemento esencial de su estructura” (24). Esto equivale a que “el autor queda ficcionalizado dentro de la estructura imaginaria que él mismo ha producido” (27). Pero no menor importancia tiene el lector, que también pertenece a ese mismo diseño básico. Por otra parte, cuando Ayala afirma que “la obra de arte literaria supone y reclama un lector adecuado” (33) estaba apuntado en la misma dirección de la estética de la recepción alemana. No era mal programa el que desde su magisterio en lonta-

nanza Francisco Ayala nos ofrecía a sus jóvenes lectores españoles del momento: la narratología, la crítica de la lectura y la problemática de la ficcionalidad y el realismo.

Volviendo a lo que fuera mi viaje iniciático en 1982, de aquellos dos meses de periplo por doce universidades, de Wyoming a Philadelphia, me traje muchas vivencias, muchos encuentros y algunas amistades fraternales, pero también referencias teóricas de matriz anglosajona paralelas a las que en Europa yo mismo ya estaba asimilando. Me refiero, en especial, a dos compilaciones sobre la crítica de la respuesta del lector publicadas en 1980 por Susan Suleiman e Inge Crossman por una parte, y Jane Tompkins por otra.

Lo inevitable –y maravilloso– de primeros escarceos intelectuales como los apuntados es que nunca nos dejan del todo, y echando hoy la vista atrás me encuentro con que los temas que han sido de mi interés en los últimos cuarenta años, desde la técnica novelística y el tratamiento narrativo del tiempo hasta las relaciones entre cine y novela y el propio realismo literario, estaban todos *in nuce* en aquel primer trabajo sobre *El Jarama* que se convirtió en 1973 en libro precoz. El segundo, que publiqué cuatro años más tarde, *Estructura y tiempo reducido en la novela*, fue el que provocó mi llamado a los Estados Unidos, donde se me reconocía asimismo la utilidad de una tarea titánica que durante un lustro había cumplido: reseñar toda la producción narrativa española en sendos resúmenes anuales. Pero ese interés por la narrativa peninsular no me cegó ante el deslumbramiento del llamado *boom*. Mi *Trayectoria de la novela hispanoamericana actual*, escrita en colaboración con José María Viña Liste, apareció en Madrid en 1991 y poco después se publicó en El Cairo su traducción al árabe.

Son los años en que asimismo mis *Teorías del realismo literario* se tradujeron al inglés. Este libro me proporcionaría una de las más grandes satisfacciones intelectuales que he tenido. En octubre de 1992 Francisco Ayala escribía un artículo en el diario *El País* sobre “Realidad de la literatura” al hilo de lo que eran mis propias investigaciones al respecto. El maestro avalaba mi conclusión de que el realismo, lejos de ser una escuela específica en determinados momentos de la historia de la literatura, pertenece a la entraña sustancial del fenómeno literario en cualquier lengua y tiempo, porque yo estaba persuadido de que quizá no haya un lenguaje o, incluso, una “realidad realista”, pero lo que sí existe universalmente es una lectura intencionalmente realista.

La invitación de esta sexta conferencia trasatlántica de Brown para que repase cuarenta años de mi biografía académica me llena de satisfacción y al tiempo de zozobra. Lo primero, porque me otorga la posibilidad de enraizar mi investigación literaria con realidades vividas, y ello no en un registro de autobiografismo

narcisista sino con la ambición de atender fenomenológicamente a lo dado, a las cosas mismas, tal y como son en sí. La zozobra viene, sin embargo, precisamente del narcisismo al que acabo de aludir. Es vicio en el que no quisiera enredarme y del que tan solo saldré bien librado si consigo presentar desde mi experiencia personal asuntos que a todos nos conciernan, y no solo a las personas de mi generación sino también a las más jóvenes. Las que tienen ahora la edad que yo tenía cuando aquel recordado viaje a los Estados Unidos.

Veinticinco años más tarde, tuve la fortuna de impartir un curso de postgrado en la City University of New York, en su sede de la Quinta Avenida, frente por frente del Empire State Building que se estaba construyendo cuando Federico García Lorca llegó a la ciudad del Hudson, en junio de 1929, para estudiar inglés en la Columbia University. Desde antiguo me venía interesando el tema de la ciudad en sus relaciones con la literatura. Últimamente, inmerso ya, como todos mis coetáneos, en el caos de lo que Rosa María Rodríguez Magda ha propuesto llamar *Transmodernidad*, me interesa una perspectiva que lleva hasta las últimas consecuencias la teoría de Marshall McLuhan acerca de la “aldea global”. Me refiero a la reflexión acerca de lo que Neil Postman denominaba *Tecnópolis* y el español Javier Echeverría define como *Telópolis*: esa nueva forma de organización social, difusa y compacta a la vez gracias a las tecnologías de la comunicación y la información, que tiende a expandirse por doquier y según la cual la ciudad se identifica con el mundo en su totalidad, las casas son células nucleares de toda la organización y las regiones y los países vienen a ser como simples manzanas y barrios.

El mero enunciado de aquel curso, *Imágenes de la ciudad. Poesía y cine, de Whitman a Lorca*, habla ya de la literatura comparada que más me interesaría cultivar. Un comparatismo que, tal y como proponía T. S. Eliot en uno de sus ensayos más memorables –“Tradition and the Individual Talent”, 1919–, considere la literatura un territorio sin fronteras, ni lingüísticas ni espaciales, temporales o políticas; muy al contrario, como el espacio suntuoso por sus múltiples moradas que, en clave de la unidad y la diversidad, nos enseñó a ver otro maestro recordado, Claudio Guillén. Pero una literatura comparada que perciba a la vez lo que Oskar Walzel acuñó como “la iluminación recíproca de las artes”. Tal propuesta fue hecha en 1917, y ya entonces representaba todo un llamamiento a la consideración de las relaciones que un nuevo “séptimo arte” estaba empezando a establecer con la literatura. Mas en el seno de ella, destaca para mí el diálogo que el cine mantiene con la poesía, en lo que la relevancia que la imagen tiene en los dos órdenes de expresión resulta determinante.

Los estudios literarios tienen cuatro líneas convergentes entre sí, que se necesitan las unas a las otras. En primer lugar está la crítica literaria, es decir, la

atención que un lector capacitado presta a una obra o a un autor para desentrañar su sentido y para expresar por qué son capaces de producir en nosotros la emoción estética. Luego, y no menos importante, viene la historia de la literatura. Al fin y al cabo, la literatura es una producción social y cultural y la memoria de la humanidad no puede ignorarla. Igualmente, existe la teoría, que aporta ese sistema de leyes, de recias constantes en las que la literatura se fundamenta, y es una disciplina sólidamente asentada en nuestra tradición cultural a partir de la *Poética* de Aristóteles. Y, por último, desde hace casi doscientos años, es notable la presencia de la literatura comparada.

Enseñar y aprender literatura me parece una actividad tras la cual debe brillar una chispa de sentido estético. Somos muchos, por otra parte, los que nos sentimos preocupados por la trascendencia ética de estos estudios. Es decir, que en el momento en que no soplan vientos favorables para las humanidades; cuando los sistemas educativos parecen orientarse en la dirección de un pragmatismo romo; cuando lo monetario y lo mercantil se convierten en valores absolutos para la sociedad y quienes la dirigen, los que hemos tomado en su día la decisión de convertir en trabajo aquella identificación estética con los textos literarios y los estudiantes que nos secundan tenemos la obligación de defender la idea de que la literatura constituye un instrumento imprescindible para la formación de los ciudadanos en múltiples aspectos. Por supuesto, en el de su capacidad expresiva, que se está descuidando. De ser definitiva, esta desatención tendría unas consecuencias imprevisibles, porque el peor daño que se les puede hacer a las nuevas generaciones es, precisamente, la expropiación de su competencia lingüística. Pero, por otra parte, la enseñanza de la literatura puede actuar y de hecho actúa como un revulsivo para las conciencias, para hacerse con una visión más amplia de las cosas frente a esa especie de simplificación a ultranza que algunos medios de comunicación de masas están transmitiendo como un auténtico bombardeo sobre la ciudadanía.

No ha sido otra mi intención a lo largo de los cuarenta años de los que hablo que contribuir modestamente al anudamiento de esa cadena que desde la teoría, la historia, la crítica y la literatura comparada debe llevarse, según creo, hasta la propia didáctica de la literatura. Cuando en 1932 un periodista le preguntó a William Faulkner acerca de la influencia que sobre él podría haber ejercido James Joyce, el autor de *The Sound and the Fury* le respondió con esta frase: “Sometimes I think there must be a sort of pollen of ideas floating in the air, which fertilizes similarly minds here and there which have not had direct contact”². Este “polen de ideas” como imagen para explicar las convergencias entre obras de

2 “A veces pienso que debe haber una suerte de polen de ideas flotando en el aire, que fertiliza aquí y allá mentes afines que no han tenido contacto directo” (traducción mía).

diferentes literaturas me ha acompañado desde el propio título de uno de mis libros, publicado en 1991.

La mención que acabo de hacer al polen de ideas faulkneriano me obliga a abordar un tema discutido y discutible: el canon literario. En cuanto a su deconstrucción, Harold Bloom, como es bien sabido, erige toda su teoría literaria sobre la lectura, que para él es siempre un *misreading* cuando va seguida de la escritura de una nueva obra. Su escepticismo al respecto de la pervivencia entre las nuevas generaciones de los libros eminentes que en la historia han sido lo sitúa muy cerca de otros apocalípticos. Abrumado por la proliferación de nuevas tecnologías para llenar el ocio, se siente rodeado por los negadores del canon, entre los cuales reconoce incluso a varios de sus discípulos de Yale. Aunque Bloom considere casi imposible la tarea de enseñar a leer, porque –se pregunta– “¿cómo puedes enseñar la soledad?”, y la “verdadera lectura es una actividad solitaria” (*El canon*, 527), no por ello, en la “Conclusión elegíaca” a su polémico libro de 1994, proclama: “regreso no para deciros qué leer ni cómo leer, sino para hablaros de lo que yo he leído y considero digno de releer” (526).

Lleva toda la razón en otra de sus convicciones menos pugnaces: la de que no puede haber escritura vigorosa y creativa sin el proceso de influencia literaria, “un proceso fastidioso de sufrir y difícil de comprender”, porque los grandes escritores no eligen a sus precursores, sino que son elegidos por ellos. Frente a quienes sostienen que el canon –un concepto religioso en su origen– se ha convertido en una elección entre textos que compiten para pervivir realizada por grupos sociales, instituciones educativas o tradiciones críticas, Bloom insiste en que la clave está en las decisiones tomadas a este respecto por autores de aparición posterior que se sienten elegidos por figuras anteriores concretas.

En contra de los partidarios de la idea de que los valores literarios dependen también de la lucha de clases, Bloom porfía en que el yo individual es el único método y el único baremo para percibir el valor artístico, y teme, en definitiva, que estemos destruyendo todos los criterios intelectuales y estéticos de las humanidades en nombre de la justicia social. Cuando serena sus ínfulas, Bloom reconoce lo obvio: es imposible dominar todas las literaturas del mundo, y si ello es así resulta una quimera que un individuo o un grupo de poder imponga un catálogo de presencias y exclusiones. Nadie posee autoridad para decirnos lo que es el canon occidental, pero tal entidad intelectual y pragmática existe, como fruto de las afinidades electivas de grupos sociales (lo que Stanley Fish llamaba “comunidades interpretativas”), por la acción de los sistemas e instituciones educativas, por la tradición crítica y sobre todo por “the anxiety of influence”, la voluntaria adscripción de los literatos al ejemplo y modelo de determinados

precursores. En vez de lucha de clases, Bloom habla de una “lucha de textos” de la que emana el valor literario. Debate que se produce entre los propios textos, en el lector, en el lenguaje, en las discusiones dentro de la sociedad. Pero también, y no con menos trascendencia, en el aula.

Cuenta Michel Tournier, en un libro delicioso titulado *Lectures vertes*, que el padre de Marcel Pagnol, que era maestro, solía afirmar: “¡Menudo escritor es Anatole France! De cada una de sus páginas se puede extraer un dictado...”. Quiere esto decir que, hasta donde alcanzo, sería profundamente contradictorio que los profesores fuésemos “anticanónicos”. No veo cómo podría suceder tal cosa siendo como somos por devoción y por obligación lectores incansables. Pero también porque la literatura que sabemos por haberla estudiado está vertebrada sobre un repertorio que nos orienta constantemente. Y, sobre todo, porque nuestro “juramento hipocrático” –por así decirlo– para con nuestra disciplina implica promover el encuentro de nuestros alumnos con los modelos en la creación de arte por medio de la palabra. Somos maestros, o lo vais a ser, y esa es nuestra condición más genuina. Pero no por deformación profesional o por interés de gremio, sino por mera ciudadanía considero que la educación es el fundamento de los mejores logros de la sociedad y el instrumento insustituible para la buena gobernanza de la república. Las nuevas galaxias de la información y la comunicación precisan también de nuevas pautas pedagógicas, algunas de las cuales, por otra parte, tienen que ver con una educación para la nueva tecnología. Ese es el gran reto para las generaciones de los que no fueron –no fuimos– “niños digitales” porque tal posibilidad era utópica cuando éramos chicos, y hoy escribimos, enseñamos, investigamos o nos gobiernan.

Para mí, en los oficios de la literatura nunca deja de resultar un asunto central la dimensión del tiempo. El tiempo como decantación y perdurabilidad, y por lo tanto agente configurador del canon. El tiempo que tiene que ver tanto con el soporte como con la forma de los mensajes literarios. La oralidad significaba fluencia, flexibilidad y apertura. Fiaba la pervivencia del discurso a la memoria del *aedo* o del *histrión* y de sus públicos, generación tras generación. La escritura incrementó la estabilidad de la forma textual y, por ende, su perdurabilidad, lo que pudo redundar en cierto acartonamiento y la posibilidad de la errata o del *misreading*. Gutenberg significó la proyección ecuménica y la democratización de la escritura y la lectura, así como abrió la caja de Pandora de la mediación económica e industrial del texto literario. Y de nuevo ahora, entre la galaxia McLuhan y la galaxia Internet, resurge la flexibilidad, la labilidad, la apertura hipertextual o, incluso, la interactividad que pone en solfa el concepto tradicional de autoría. En esto último, así como también en la proliferación de los demasiados libros de la

que habla el mexicano Gabriel Zaid y en la dimensión precaria de lo efímero –la literatura de usar y tirar– podrían acaso encontrarse otros tantos argumentos para la muerte de la literatura que proclamaba Alvin Kernan en 1990.

Para sortear Escilas y Caribdis de mis singladuras, a lo largo de estos treinta años que van de aquella primera aventura estadounidense hasta ahora me he guiado por una precisa carta de marear. Aprovechando la rigurosa fundamentación proporcionada por la fenomenología de Edmund Husserl –muy pronto aplicada al campo literario, entre otros, por el polaco Roman Ingarden y varios de los formalistas rusos y checos de entreguerras–, he considerado la literatura no solo como un hecho puramente discursivo o textual, sino como un sistema complejo, de índole comunicativa, en el que el texto creado por el escritor precisa para su constitución ontológica plena de la tarea cooperativa y hermenéutica de los lectores, todo ello en el marco de determinadas convenciones y mediaciones que la sociedad impone al proceso, y que son mudables a lo largo de la historia.

Supuestos como los mencionados son compartidos básicamente por varias escuelas y, en general, por la orientación pragmática de la semiótica contemporánea, atenta sobre todo a cómo los signos se relacionan con sus usuarios, lo que en literatura es tanto como decir los autores y los lectores. De mi formación como filólogo, iniciada en el curso académico del mayo francés, sigue vivo, como uno de los pilares de mi investigación, un interés mantenido por la textualidad, que es herencia del formalismo y el estructuralismo dominantes en el paradigma de nuestros estudios desde los años treinta hasta finales de los sesenta. Pero, igualmente, postulo que el principio fenomenológico de la experiencia en que se basa todo conocimiento viene a justificar incontestablemente que la realidad de la literatura se fundamenta en nuestra aproximación a ella como lectores. De esta interacción entre textualidad y recepción, entre inmanencia y pragmática, he querido hacer, además, un principio válido no solo para la investigación, sino también para la docencia universitaria.

Alivia mi preocupación por no incurrir en un yoísmo insoportable el recurso de convocar otras voces mucho más destacadas que la mía para resumir el panorama intelectual de nuestras disciplinas hoy. Recordaré, así, el prólogo titulado “La literatura comparada y la crisis de las humanidades” que Claudio Guillén puso en 2005 a la segunda edición española de su compendio de la materia. Destaca allí la politización de las humanidades en términos hasta hace poco desconocidos. Se fija, por caso, en la hegemonía que han ido adquiriendo los “Cultural Studies” en detrimento de los estudios literarios. Les achaca un vicio de raíz: borrar la distinción entre lo popular y lo culto, o entre las manifestaciones eminentes de la creatividad humana y otras expresiones menos granadas en una

escala de valor estético decantada después de milenios de cultura. Considera, sin embargo, mucho más rica y fértil la orientación de los estudios postcoloniales, en relación con la cual destaca con encendidos argumentos el papel de Edward W. Said, teórico y comparatista nacido en Jerusalén, educado en Líbano y El Cairo, y universitariamente formado en los Estados Unidos. Según Guillén, sus aportes están regidos por una suerte de “contrapuntal thinking” que hace justicia a las literaturas periféricas o preteridas al mismo tiempo que se considera preocupado por una concepción universalista de todas las literaturas del mundo (23).

De un tiempo a esta parte corren vientos apocalípticos entre los zahoríes más lúcidos que se interesan por el fenómeno o sistema literario. Semejante percepción terminal cobra especial virulencia donde la deconstrucción acabó deteriorando considerablemente el estatuto académico de la literatura, después de propalar la idea de que la creación literaria, lejos de ser una escritura “eminente” (Gadamer), llena de “presencias reales” (Steiner, *Real*), de sentidos con incumbencia operativa (Frye, *El camino*) para nuestra sociedad y civilización, se encontraba fragmentada en puros ecos descoyuntados. Junto a Edward Said, Harold Bloom (*El canon; Cómo leer*) y George Steiner participan de este pesimismo, como también Northrop Frye (*El camino; “The Responsibilities”*), que perteneció por largos años a la comisión supervisora de la radio y la televisión canadienses, en donde expresó su preocupación por que el enorme poder de los medios electrónicos acabase por tergiversar los procesos educativos al proporcionar un torrente de informaciones y experiencias con remotas posibilidades, sin embargo, de facilitar un conocimiento genuino de aquello que a todos incumbe, es decir, los mitos propios de la condición humana, que nos hablan de nuestras preocupaciones tanto primarias –los intereses primordiales que van del alimento y el sexo hasta la libertad– como secundarias o ideológicas.

Joseph Hillis Miller también llega a anunciar, literalmente, que “el tiempo de los estudios literarios se ha acabado” (71-72). *Literatura* es una categoría que le parece haber perdido progresivamente su especificidad en el campo indiferenciado del “discurso” cultural, de la “textualidad”, de la “información” o de otras tipologías. Y su dictamen, no por más cruel resulta menos ajustado a la realidad de las cosas: “la literatura está privada del poder que tendría si se diera por sentado que es una parte íntima de una única cultura homogénea dentro de la que los ciudadanos de una nación dada viven” (73). Este destacado crítico de Yale, que llegó a ser presidente de la Universidad de Florida, no oculta la responsabilidad que determinadas escuelas críticas tuvieron en esta debacle, en consonancia también con el diagnóstico, atinado pero un tanto hiperbólico,

que George Steiner hace de nuestra cultura académica en la que se registra el predominio escandalizante “of the secondary and the parasitic” (*Real*, 7).

Con todo el respeto intelectual que me merecen el pensamiento de Jacques Derrida y el de alguno de sus seguidores anglosajones como, por caso, Paul de Man o el propio J. Hillis Miller, tengo para mí que el triunfo de la deconstrucción fue nefasto para la valoración de la literatura en el conjunto de los currículos académicos de las universidades norteamericanas, las cuales, en su modelo de educación liberal, utilizaban las letras como un instrumento imprescindible para la formación integrada de las personas en varios ámbitos: el ético, el expresivo y comunicativo, el estético o el enciclopédico. Se consideraba, por lo tanto, que la literatura significaba algo, que poseía un valor canónico en términos de valoración artística y que proporcionaba un cúmulo de informaciones sobre asuntos importantes, que eran pertinentes –*incumbentes*, diría Frye– a la condición humana. La deconstrucción viene a sugerir, por el contrario, que la literatura puede carecer de sentido, que es como una especie de algarabía de ecos en la que no hay voces genuinas, hasta el extremo de que el sentido se desdibuje o difumine por completo. Esto equivale a una manifestación radical en contra de una “hermenéutica positiva” como la representada por Schleiermacher, para la que, hiperbólicamente, el sentido de un texto es exactamente el que el autor quiso darle. Semejante postura resulta también equivocada. El libro significa, de cierto, lo que el lector quiere que signifique, pero desde este relativismo hermenéutico, que la fenomenología explica por la evidencia de que la obra literaria es un esquema que debe ser “rellenado” por el lector en sus lagunas, en sus “lugares de indeterminación”, todavía queda mucha distancia para llegar a una “hermenéutica negativa”, que le niega a la literatura la capacidad de retransmitir sentido.

Desafortunadamente, tal fue el poso que la deconstrucción fue dejando y esto, en mi criterio, tuvo una consecuencia inmediata en el régimen interno de las universidades. A la hora de distribuir y rentabilizar presupuestos, algo que conozco desde dentro, luego de mis ocho años como Rector, no es de extrañar que los gestores decidan minimizar la presencia de la literatura en el sistema educativo cuando los propios estudiosos han postulado que no significa nada o lo significa todo, que el texto no tiene ninguna consistencia de sentido. Hay en ello un momento terrible en que nuestros departamentos llegan a hacerse el *harakiri* abrazando, de un modo tan entusiasta como poco reflexivo, la teoría de la deconstrucción. Y como consecuencia, se produce un vacío, aparece una suerte de campo calcinado en el que hay que sembrar algo muy distinto. En el trayecto se pierde la memoria literaria y junto con ella la tradición académico-filológica.

En su último libro Edward Said no tuvo tampoco empacho en admitir, con la credibilidad que le daba su posición privilegiada de *scholar* reconocido, que el postcolonialismo, los estudios culturales y otras disciplinas similares acabaron por desviar “the humanities from its rightful concern with the critical investigation of values, history, and freedom, turning it, it would seem, into a whole factory of word-spinning and insouciant specialities, many of them identity-based” (14)³. Por otra parte, se mostraba convencido de que “those varieties of deconstructive Derridean readings” terminan “in undecidability and uncertainty” (66)⁴. No debe sorprendernos, pues, la única solución que Said propone en su obra póstuma: “a return to a philological-interpretative model that is older and more widely based than the one that has prevailed in America since the introduction of humanistic study in the American university 150 years ago” (34)⁵. Para el logro de tal objetivo sigue siendo fundamental la lectura, cuyo ejercicio se puede enseñar y aprender. Lectura, por supuesto, “para buscar sentido” –“reading for meaning”– (70); lectura de textos no solo próximos, lingüística y filosóficamente, sino también los aparentemente más alejados, para lo que resulta imprescindible la traducción como práctica cultural.

Recuerdo también de los años ochenta un artículo de George Steiner publicado en el *Times Literary Supplement* en el que el humanista, preocupado por aquel teoreticismo deconstruccionista al que antes nos referíamos, concluye con una propuesta tan simple como la siguiente. No nos conviene ya más teorías, métodos o nuevas propuestas: “Lo que necesitamos son lugares: por ejemplo, una mesa con unas sillas alrededor donde podamos volver a aprender a leer, a leer juntos” (*Lecturas, obsesiones*, 130). En efecto, quizás el método inmediato y urgente que debe ser rescatado para nuestra labor docente sea el de la lectura: aprender a leer literariamente otra vez. Porque paradójicamente esa competencia puede que se esté perdiendo, y existe la contradicción de que, en nuestras sociedades, si profundizamos un poco bajo el oropel de la epidermis nos encontramos con que la capacidad de comprensión de los textos complejos por parte de los ciudadanos que salen del sistema educativo es cada vez menor. Y la literatura dejará de existir, al menos con la plenitud que le es consustancial, en el momento en

3 “[...] las humanidades de su legítimo compromiso con la investigación crítica de los valores, historia y libertad, transformándolas, por así decirlo, en una factoría global de frenético baile verbal y disciplinas insustanciales, muchas de ellas basadas en la identidad” (traducción mía).

4 “[...] tales variedades de derrideanas lecturas deconstructivas terminan en indefinición e incerteza” (traducción mía).

5 “[...] un regreso al modelo filológico-interpretativo que es el más antiguo y más ampliamente fundamentado que ha prevalecido en América desde la introducción de los estudios humanísticos en la universidad americana ciento cincuenta años ha” (traducción mía).

que no contemos con individuos capaces de saber leerla desde esa complejidad de los dos códigos que la obra literaria incorpora: el código lingüístico y, sobre él, el código especial de convenciones propiamente literarias.

Cuando mi viaje de 1982, Paul de Man, uno de los deconstructivistas de Yale, publicaba otro artículo memorable también en *Times Literary Supplement* en el que recordaba su experiencia del *close reading* aplicado por el profesor Brower en Harvard durante los años cincuenta. El “mero acto de leer” –escribía De Man– era capaz de transformar la actitud y competencia de los estudiantes en términos indeseables por quienes veían en la enseñanza de la literatura “un sustituto de la enseñanza de la teología, la ética, la psicología o la historia intelectual”, de lo que deducía que aquella experiencia docente y la posterior consolidación de la teoría literaria en los currículos académicos – pese a las resistencias que él mismo denunció– eran procesos debidos a una raíz común: “una vuelta a la filología, a un examen de la estructura del lenguaje previa a la del significado que produce” (44). Ideas como estas nos hacen recordar el prólogo de Friedrich Nietzsche a sus reflexiones sobre los prejuicios morales tituladas *Aurora*. Allí incluye asimismo el filósofo alemán un canto a la filología, que comparte nuestro Alfonso Reyes: “Filólogo quiere decir maestro en la lectura atenta” (Nietzsche, 6-7). Esta y no otra es la conclusión a la que llego tras repasar aquí, en Brown, cuarenta años de biografía intelectual en el hispanismo.

Obras citadas

- Ayala, Francisco. *El escritor en su siglo*. Madrid: Alianza, 1990.
- Bloom, Harold. *El canon occidental. Las escuelas y los libros de todas las épocas*. Barcelona: Anagrama, 1995.
- *¿Cómo leer y por qué?* Barcelona: Anagrama, 2000.
- De Man, Paul. *La resistencia a la teoría*. Madrid: Visor, 1990.
- Eliot, T. S. *The Sacred Wood. Essays on Poetry and Criticism*. Londres: Methuen, 1972.
- Frye, Northrop. *El camino crítico. Ensayo sobre el contexto social de la crítica literaria*. Madrid: Taurus, 1986.
- “The Responsibilities of the Critic”. *Modern Language Notes* 91 (1976): 797-813.
- Gadamer, Hans-Georg. *Wahrheit und Methode*. Tübinga: J. C. B. Mohr, 1965. [*Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Salamanca: Sígueme, 1977].
- Guillén, Claudio. *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la literatura comparada*. Barcelona: Crítica, 1985.
- “La literatura comparada y la crisis de las humanidades”. Prólogo. *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la literatura comparada (ayer y hoy)*. Barcelona: Tusquets, 2005, 11-24.

- Hillis Miller, Joseph. “¿Sobrevivirán los estudios literarios a la globalización de la Universidad y al nuevo régimen de las telecomunicaciones?”.
Prosopopeya. Revista de Crítica Contemporánea 1 (1999): 71-90.
- Nietzsche, Friedrich. *Obras completas*. T. 4. Madrid: M. Aguilar, 1932.
- Reyes, Alfonso. *La experiencia literaria*. [1942]. 3.º ed. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1983.
- Rodríguez Magda, Rosa María. “La globalización como totalidad transmoderna”. *Claves de Razón Práctica* 134 (2003): 22-30.
- Said, Edward W. *Humanism and Democratic Criticism*.
Houndmills y Nueva York: Palgrave Macmillan, 2004.
- Steiner, George. *Lecturas, obsesiones y otros ensayos*. Madrid: Alianza, 1990.
—*Real Presences. Is There Anything in What We Say?*.
Boston y Londres: Faber and Faber, 1989.
- Suleiman, Susan R. e Inge Crossman (eds.). *The Reader in the Text. Essays on Audience and Interpretation*. Princeton: Princeton University Press, 1990.
- Tompkins, Jane P. (comp.). *Reader-Response Criticism. From Formalism to Post-Structuralism*. Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press, 1980.
- Villanueva, Darío (comp.). *Avances en teoría de la literatura. Estética de la recepción, pragmática, teoría empírica y teoría de los polisistemas*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 1994.
—*Estructura y tiempo reducido en la novela*. Valencia: Bello, 1977.
[2.º ed. revisada. Barcelona: Anthropos, 1994].
- El Jarama de Sánchez Ferlosio. Su estructura y significado*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 1973. [2.º ed. corregida y revisada. Santiago de Compostela: Edition Reichenberger; Universidad de Santiago de Compostela; Kassel, 1994].
- El polen de ideas. Teoría, crítica, historia y literatura comparada*. Barcelona: PPU, 1991.